

Discurso de José Manuel Valenzuela Arce en el marco del *Premio Nacional de Artes y Literatura 2023*, categoría *Historia, Ciencias Sociales y Filosofía*

José Manuel Valenzuela Arce

El Colegio de la Frontera Norte

jmvalen@colef.mx

<https://orcid.org/0000-0001-6169-2643>

[...] Hace más de cuatro décadas que estudio los procesos socioculturales transfronterizos, las culturas e identidades juveniles, los movimientos sociales y las culturas populares, campos investigativos que, como los viejos amores, ni se olvidan ni se dejan. Inicié acompañando a cholas y cholos herederos del pachuquismo, movimientos socioculturales que redefinieron rutinas en los barrios populares mexicanos y chicanos en el norte de México y sur de Estados Unidos, incorporando elementos simbólicos definitorios del perfil cultural de lo mexicano, como dispositivos identitarios de resistencia social. El cholismo se extendió por todo México y otros lugares de América Latina y España.

Trabajé también con chavos banda en el centro del país, quienes irrumpieron en el ámbito nacional cuando publicaron un cintillo donde decían: “Temblamos de hambre y de frío, odiamos a todos incluso a nosotros mismos, mejor morir pronto” y lo firmaban: Los Panchitos. Este reclamo dramático expresaba el desencanto instalado con el neoliberalismo y la llamada década perdida que precarizó y expropió la esperanza de millones de jóvenes en América Latina y otros lugares del mundo. Luego, vinieron condiciones económicas aún más devastadoras y un despliegue de muerte que recorrió al país catapultado con la irresponsable simulación de una guerra contra el crimen organizado operada por Felipe Calderón y Genaro García. La situación de las y los jóvenes, adquirieron rasgos más que preocupantes, especialmente en América

Latina, donde se limitaron los canales de movilidad social y las posibilidades de construir proyectos viables de vida.

Los procesos de precarización, junto a la degradación de las instancias responsables de impartir justicia, enmarcaron los mundos juveniles colocando a muchos de ellos, en necrozonas que ampliaron la incidencia del Juvenicidio como condición límite de procesos articulados de precarización de la vida: Juvenicidio que es muerte arterial, persistente y sistemática anclada a la precarización económica, simbólica, moral, ciudadana y subjetiva, combinación subyacente al hecho de que la violencia es la principal causa de muerte de jóvenes en México y en América Latina, donde millones de ellas y ellos limitan y desdibujan sus horizontes de vida desde un presentismo intenso, presentismo juvenil alimentado por la obliteración de sus horizontes de futuro. Ellas y ellos se aferran al presente y a los satisfactores disponibles desde subjetividades que apuestan por la vida intensa, vida al límite, como hacen los *tonas*, quienes apuestan por el todo o nada, convencidos de que más vale una hora de rey que una vida de buey y los *ponchis*, niños prematuramente inscritos en los pliegues del narcomundo, o los tumbados epítomes del consumismo neoliberal que sustituye el ser por el tener y la vida exitosa equivale al consumismo que emula códigos de la narcocultura definida por la presencia del narcotráfico en la conformación de sentidos y significados de vida y de muerte.

Las y los jóvenes han sido protagonistas de procesos colectivos y de bioresistencias donde el cuerpo deviene dispositivo de la lucha social frente a la biopolítica y las estrategias de la necropolítica, pero también aparecen en luchas que anticipan nuevos proyectos sociales en las calles de México, Chile, Colombia, Nicaragua, Argentina, Brasil o Ecuador como lo hicieron en la Primavera Árabe, en el 15M español, en Occupy, NY, los Dreamers y el Black Lives Matter, en Estados Unidos, en la MANE Colombiana, en la Asociación Nacional de Estudiantes Chilenos, en las juventudes kirshneristas, en los jóvenes de las periferias brasileñas, en las y los jóvenes de la *Primera Línea* en Colombia, en los movimientos de las mujeres latinoamericanas contra la violencia patriarcal; en las luchas contra la homofobia y la transfobia; en el #Yo soy 132 o en la lucha por la presentación de los estudiantes de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa, víctimas de desaparición forzada en 2014 en un crimen de Estado asociado orgánicamente con organizaciones criminales.

Los grandes problemas de las y los jóvenes no solo se inscriben en la condición juvenil, se encuentran articulados a los grandes problemas sociales, al proyecto global-nacional y al horizonte civilizatorio. Necesitamos repensar el campo de la política y lo político reducidos a la relación Estado-Sistema de partidos, recuperando las

resistencias juveniles, sus agendas y sus luchas contra las políticas de las derechas neoliberales. Requerimos dismantlar los procesos de precarización de la vida, que criminalizan a las y los jóvenes y tapizan los entramados y experiencias dolientes que producen y reproducen los feminicidios y los juvenicidios.

Fronteras y desplazamientos

Las fronteras son dispositivos político-administrativos y de poder que funcionan como sistemas de clasificación social que engullen y vomitan sueños y esperanzas, pero también son zonas de contacto, in-between, nepantlas o zonas liminales donde confluyen intensas relaciones socioemocionales, culturales y familiares, incluida la enorme fuerza sociocultural económica y política del *México de afuera*.

Observamos el atrincheramiento de viejas y nuevas fronteras que obliteran *los caminos del éxodo humano*, protagonistas del periplo global de la miseria y el miedo. Las caravanas migrantes son formas colectivas de bioresistencia, encuerpamientos agregados, esperanzas que caminan juntas para cuidarse, son corazas protectoras. Los desplazados por las violencias y el miedo, expresan las condiciones límite de un modelo económico y político generador de enormes desigualdades, constructor de muros vejatorios que devoran sueños, vidas y esperanzas, sepulturas de migrantes inscritas

en los muros metálicos, de hormigón y concreto o muros de agua que evidencian lo lejos que estamos de garantizar el derecho de las personas a emigrar, el respeto a los derechos humanos de los migrantes y la protección de niñas y niños en condición migratoria, como estableció el pacto mundial por una Migración Segura, Ordenada y Regular aprobado el 10 de diciembre en Marrakech por 160 países, incluido México.

El desafío impostergable es garantizar las condiciones para construir proyectos de vida viables, vivibles, donde la gente no deba emigrar por la pobreza, la violencia, el miedo o la acechanza de la muerte. Las soluciones no se construyen levantando muros o instalando boyas, sino generando proyectos de vida vivibles para todas y todos, proyectos incluyentes formulados desde nuevos y mejores horizontes civilizatorios.

Ciencia con conciencia

Los grandes problemas de la humanidad derivan de un modelo capitalista extractivista, predatorio, productor de enormes desigualdades y de millones de vidas que no importan, vidas desechables, precarias, sacrificables, monstrificadas, nudas, canallas, hundidas, amortajadas, encarnadas en *los nadies* de Eduardo Galeano, cuyas vidas cuestan menos que la bala que los mata. En la academia, tenemos mucho que aportar desde posicionamientos dialógicos, *emtic* y horizontales. Requerimos ciencias dialógicas, no las heteronómicas cargadas de violencia simbólica donde los otros son salvajes, objetos de estudio,

nativos, informantes incorporados en procesos investigativos desde reglas, normas y conocimientos impuestos, donde poco o nada importan sus propios intereses, culturas y saberes.

Una ciencia crítica, reflexiva y humanista que problematiza su responsabilidad en la transformación de la realidad, en la comprensión y transformación del mundo y que prefigura el lugar que queremos como humanidad. La investigación debe esclarecer imágenes de una mejor vida, vida deseada, vida anticipada. Podemos adjudicar al campo científico los rasgos que Ernst Bloch definió para la filosofía y plantear que la ciencia deberá “tener conciencia moral del mañana, tomar partido por el futuro, saber de la esperanza, o no tendrá ya saber ninguno” o, como destacó François Rabelais en Pantagruel (1532), ciencia sin conciencia es ruina del alma.

José Manuel Valenzuela Arce
27 de febrero de 2024